

Tito. No tardaré en avisarte para que vengas otro día. Adiós, hijo. Ya que vas á la fonda, hazme el favor de acompañar á esta buena señora, amiga mía, que va en la misma dirección y no conoce bien las calles.»

Cuando esto dijo vi que de la penumbra de la estancia salía una mujer enlutada, de buen talante y rostro severo, la cual llegóse á mí con reverencia como poniéndose á mis órdenes. Salimos, y al bajar al portal alumbrado por un brillante farolón, fijéme en la cara de aquella señora, recordando haberla visto en alguna parte. Poco después, mi memoria me dió la solución, y al instante me volví hacia la dama, diciéndole: «Me parece, señora, que tengo el honor de acompañar á *Doña Geografía*. Perdóneme que antes no la reconociera. Hicimos juntos el viaje desde...

—Me llamo Gertrudis—dijo ella con gracia,—y me dedico á la enseñanza de la Geografía. Confunde usted el nombre con la profesión.

—Es verdad—dije yo un poco turbado.—Pero bien seguro estoy de que es usted una de las damas consejeras de Floriana.

—No soy dama consejera; acompaño y sigo á Floriana, que fué mi discípula y hoy es maestra y señora mía. Cosas son éstas, don Tito, que no entiende usted ahora ni las entenderá en algún tiempo. Por esta noche, sólo me cumple decirle que nuestra excelsa *Doña Mariana* se ha valido del piadoso artificio de que vayamos juntos camino de la fonda, para que yo pueda advertir á usted que

ponga freno á su pasión por Floriana, y procure apartar de ella su pensamiento. Que para esto hay razones muy poderosas, fácilmente lo comprenderá usted...

—Dígame por Dios esas razones si no quiere dejarme en un dilema terrible: ó la desobediencia ó la muerte.

—No sea usted romántico, don Tito. Ya sabe usted que á la *Madre* no le gusta ese romanticismo dulzacho y un poquito enfermizo.

—Pero lo que usted acaba de decirme—exclamé con angustioso desconsuelo—¿es advertencia, ó es mandato riguroso?

—Mandato es rigurosísimo, irrevocable.»

En el momento en que yo quise protestar de esta bárbara sentencia, la extraña mensajera de la divina *Clio* desapareció de mi vista. Di algunos pasos, y un resplandor de luz verdosa me encandiló, dejándome después en tinieblas. Un corto rato estuve ciego. Poco á poco fuí distinguiendo los bultos, las casas... Palpando las paredes pude llegar con dificultad á mi alojamiento.

## XXV

Historia lastimosa voy á contaros, lectores queridísimos, y empiezo requiriéndoos á concederme vuestra lástima y un piadoso interés por mí, pues se trata de incumbencias particulares, sin mezcla de ningún melindre po-

lítico, como aquel que dijo, *sin trampa ni Cantón...* Leedme y afligios. Consecuencia fulminante de la terrible prohibición ó anatema que oí de labios de la vaporosa *Doña Geografía*, fué que caí en la honda enfermedad que llaman *pasión de ánimo*, y se manifiesta con intensa desgana de todo menos de la soledad, hastío de la comida, desmayo muscular, aberraciones nerviosas y cerebrales, aborrecimiento del género humano y anhelo de morir.

En mi estrecho cuarto de la fonda me pasaba las noches de claro en claro, los días de obscuro en obscuro, estirado á medio vestir en un sillón de mimbres, empapándome en el amargor de mis melancolias y temblando á cada ruido que me pareciese anuncio de alguna visita. Amables y compadecidos, el fondista y los mozos no sabían qué hacer para despertar en mí las ganas de comer. Me traían platitos de algún guisado selecto, frutas, mariscos, golosinas... Mas, ni por esas; yo no pasaba nada, como no fuera café y algún mendrugo de pan chamuscado á la lumbre. Llegué á desligarme en absoluto de la norma del tiempo; no me importaban los sucesos exteriores, ya fuesen trágicos, ya fuesen ridículos. Sólo la idea de ultratumba me halagaba, adormeciéndome en placentera modorra. Muriendo dejaría de arrastrar los restos miserables de mis ilusiones deshechas y en descomposición. Morir era el descanso, y aunque parezca paradójico, el supremo egoísmo.

Fué á verme Cárceles, que trató de animarme con su jovialidad bonachona. Según él, hallábame atacado de neurosis agudísima. «Lo que usted padece—me dijo—es una exacerbación del egoísmo, y eso se cura con la actividad, con el trato de gentes y el tomarse interés por las cosas del prójimo y del prócomún. Conque ánimo, á comer, y á la calle con los amigos. Le pondré una fórmula; no más que un amargo para abrir el apetito.»

Mi amigo, el camarero Alonso Criado, me llevó un día unos comistrajes rarísimos, por si con ellos lograba yo vencer mi desgana. Eran huevas en mojama de un pez llamado *mijol*, que se cría en el Mar Menor. Las probé y me supieron á demonios. Otro día me llevó *dátiles de mar*, un marisco sabroso, del cual me dijo Criado que comiendo mucho y bebiendo encima aguardiente era seguro reventar como un triquitraque. Lo caté y no me desagradó; pero me abstuve, porque aunque tenía ganas de irme al otro mundo, no me hacía maldita gracia emprender el viaje con el pasaporte de un cólico miserere.

Después de Cárceles me visitaron Fructuoso y el cartero Sáez, gobernador del castillo de Galeras. El primero me dijo que iba á mandarme á Dorita y sus dos amigas para que me dieran una sesión de bailoteo andaluz, con panderetas y palillos, y me cantaran las coplas cantonales que estaban tan en boga. El valiente cartero me dijo: «Véngase usted conmigo al castillo por unos días, y con

aquellos aires y aquellos horizontes ¡reeristo! se le quitarán esas murrias.» No hablo más de estas visitas ni de las que me hicieron *Tonete Gálvez*, Alemán, don Pedro Gutiérrez, Roque Barcia, Pernas y otros amigos, porque tengo que consignar la que fué para mí más honrosa y grata.

A media mañana se me presentó un día *Doña Gramática*, compungida y bien abarrotada de locuciones hiperbólicas y laberínticas, *ore rotundo*, anunciándome, á fuer de *solicitada embajadora*, la visita de la divina Madre. Afortunadamente, no se corrió demasiado en el mensaje, por priesa de sus quehaceres... Partió deseándome la pronta sedación de mi espasmo neuro-imaginativo... Me arreglé un poco, y al cuarto de hora entraron en mi estancia *Mariclio* y *Doña Caligrafía*. Vestían ambas de negro, con mantilla, como señoras mayores de la clase media que, al volver de misa, visitaban á un pobre enfermo. La Madre traía un librito como los que usan las señoras cuando van á sus devociones, y la otra dama una caja de cartón, cruzada con cinta roja, que se me antojó regalito de confituras.

El respeto y la emoción me paralizaron la lengua. Tardé un rato en expresar á la divina Señora el gozo que de verla sentía. «Padeces, querido Tito—me dijo ella, sentándose junto á mí y poniendo su mano en la mía—el *morbo europeo*, la epidemia de la civilización, que la Medicina del día atribuye á los nervios y la de antaño achacaba á los demonios. Entiendo yo que es flaqueza del cerebro, re-

sultante del vértigo de los goces fáciles, del ansia de asimilar sabidurías de artes y ciencias, que viene á ser la gula del entendimiento. ¿Cree mi buen Tito que estas generaciones, debilitadas por la continua labor pensante y emotiva en el curso precipitado de la vida mental, pueden arrasar las instituciones caducas, y erigir sobre sus ruinas el monumento del Federalismo, que tiene por base las virtudes y el vigor físico de los pueblos?

»A los que como tú se inutilizan para el vivir normal solemos dar el nombre de románticos. Románticos son, pero de estofa ínfima y barata, los que se matan porque la novia se les va con otro, los que se desesperan y reniegan de la Humanidad porque no han podido obtener en un día lo que es fruto de la paciencia en largos años trabajosos.

»Conque ya lo sabes: no quiero verte romántico llorón, ni neurótico, ni flatulento, ni poseído de los demonios, que todos estos nombres han sido aplicados sucesivamente á los enfermos de necedad aguda. Conservando amorosamente el saber que tienes archivado en tu cabeza, ponte á trabajar en una herrería, forjando á fuerza de martillo el metal duro; abre el surco en la tierra, siembra el grano y cosecha la mies; arranca de la cantera el mármol ó el granito; agrégate á los ejércitos que entran en batalla; lánzate á la navegación, al comercio, y si logras juntar á tu saber teórico la ciencia práctica que aprenderás en estos trajines, serás un hombre.

»No serás hombre sino un muñeco, si en

vez de contener tu alma en la norma de ambición que la Naturaleza concede á los humanos, te lanzas al espacio insondable de las ambiciones locas, quiméricas, fuera de los confines de la realidad. Acabarás de perder tu salud, y con la salud tu vida, si te empeñas en remontarte al cielo para coger la estrella más linda que en él has visto desde la tierra, ó si te arrojas en medio del Océano para sacar la perla escondida en el seno más hondo de las aguas.»

Tragándome la píldora de indecible amargura que en mi boca puso la Madre excelsa, alabé su elevado conocimiento de las cosas humanas, y el arte sutil con que sabía separarlas de las divinas. Dicho lo que antecede, bajó el tono *Mariello*, y de las altas esferas del pensamiento descendió á las más bajas con transición donosa.

Hablamos de la vida cantonal, que ya empezaba á ser aburrida y sin ningún relieve. «Te habrás enterado—me dijo la Señora—de la nueva quirotada de tu amigo el General Contreras. Este señor, que es infatigable en la imprevisión, apenas dió fin á la descumunal aventura en que le quitaron las fragatas, quiso entrar en singular batalla con los molinos de viento. Entre tropa y Voluntarios reunió un ejército de dos mil hombres, y con un tren de Artillería partió por el ferrocarril á la toma de Albacete. Iban con él Pernas y Pozas.

»En la estación de Murcia recibió el aviso de que Martínez Campos, desembarazado ya

de los cantonales de Valencia, vendría probablemente contra los de Cartagena. Los que iban á la conquista de Albacete corrían peligro de que el caudillo centralista les cortara la retirada. La intrepidez á secas, sin ninguna otra virtud que la rija y encauce, es cosa muy mala en las andanzas guerreras. Ciego y espoleado por el arrojito siguió don Juan su camino, y en Chinchilla el Coronel Escoda le hizo frente con un corto número de soldados, distribuidos por la carretera.

»Llegó muy á punto el General Salcedo, y sin pelear apenas ni sufrir ninguna baja, derrotó en corto tiempo á los cantonales. En su poder quedaron muchos jefes, oficiales y soldados, el tren de Artillería, las banderas rojas y los cincuenta vagones en que habían hecho el viaje los expedicionarios. El descalabro fué monumental. Como no has salido á la calle en tantos días, no has podido observar que cunde el desaliento y que esta revolución candorosa va de capa caída. Vive de milagro, y el milagro consiste, según veo, en que el Gobierno de Madrid no puede distraer de la guerra carlista la escasa fuerza militar de que dispone.»

Fijárame yo con insistencia en el librito, al parecer de misa, que la Madre llevaba en su mano. Notó ella mi curiosidad, y risueña me dijo: «Uso este libro cuando mis disfraces me obligan á entrar en la iglesia. Pero no es el *Prontuario de la Misa*, sino una obra de mi amigo Jenofonte, titulada *Agesilao*. La estimo en mucho porque en ella escribió una invo-

cación á mi persona, proclamando mi culto y ensalzando el nombre de *Clio* con inefable devoción. Además, contiene el libro avisos y sentencias políticas para el gobierno de los pueblos, que hoy conservan el mismo sentido y matiz de actualidad que tuvieron cuatrocientos años antes de Jesucristo. Del manuscrito que me regaló Jenofonte, y que conservo religiosamente entre mis reliquias, me sacó una copia de imprenta el propio Gutenberg, y de aquella copia hicieronme estotra los impresores de la *Biblia Poliglota* del Cardenal Cisneros.»

Puso en mis manos el interesante libro. No pudiendo entender una palabra de él, por estar escrito en lengua griega, besé la preciosa reliquia y la devolví á la divina *Mariana*. Esta cogió de manos de *Doña Caligrafía* la cajita de cartón que, á mi parecer, guardaba confites ó pasteles, y ofreciéndomela me dijo: «Aquí te dejo esta golosina, que no te vendrá mal para poner algún alivio á la inapetencia, que es el peor alifafe de los que sufren el *morbo europeo*. Son bizcochos riquísimos, de una pasta en que está combinada la dulzura con la substancia provechosa y confortante. Los hacemos en casa, por una receta que á mis hermanas y á mí nos dieron en el monte Hymeto. Algo ha llovido desde entonces.»

Dicho esto, y expresada mi gratitud por la visita y por el regalo, despidiéronse las dos damas, no sin que *Marichio* me dejase al partir la esperanza de una nueva entrevista en

plazo breve. Salieron. Al quedarme zambullido en mi soledad angustiosa, no vi otra manera de retener junto á mí el espíritu de la Madre que deleitarme con la rica ofrenda de sus bizcochos, *hechos en casa*. Apenas los caté, reconocí en ellos la mágica repostería que fué mi alimento en el viaje absurdo por las entrañas del planeta.

Comiendo de aquel sabroso manjar, se escapaba mi espíritu hacia las penumbras misteriosas de aquellas cavernas y conductos labrados por una ensoñación dantesca ó mitológica. Vi el séquito de la divina Floriana, los toros, las ninfas; me vi á mí mismo, caballero en una vaca, restituído á mi sér de *silfo* vaporoso. Mi mente se aferró de nuevo á la idea de que lo sobrenatural es lo verdadero. ¿Cuánto tardaría en volver al sentido de la realidad? Meditando en ello me dije: «El Universo es un trinquete, y yo la pelota con que juegan, para pasar el rato, lo humano y lo divino.»

## XXVI

Muchos días, no sé cuántos, después de la visita de la Madre, me sentí un tanto aliviado de mi flojera muscular; el ansia de soledad se amenguó bastante, la idea de morir en plena juventud y la querencia del sepulcro empezaban á serme unas miajas desagradables. Mis amigos Fructuoso, Alemán y Al-

berto Araus, deseosos de sacudirme y entornarme, me llevaron á una de las islas del Mar Menor, y por cierto que el viaje me causó miedo; creía yo que en mi estado de extenuación no podría recorrer con vida el camino de tierra y mar, que se me antojaba de una longitud fabulosa. No recuerdo el nombre de la pintoresca isla en que me desembarcaron, sacándome en vilo de la chalana. Entendí que era propiedad del barón de Benifayó.

La hermosura del sitio, la pureza del aire, la quietud y transparencia de las aguas, influyeron de tal modo en mi naturaleza física y moral que por la tarde me reconocí muy mejorado. Nos albergamos en una casita donde moraba, con su mujer y unos chiquillos, el guarda de la isla, y tal fué la bondad con que me agasajó aquella excelente familia que mis amigos, previa discusión entre todos, acordaron dejarme allí por dos ó tres días.

Aquella noche dormí como un canto. A la mañana siguiente ya era yo otro hombre. Recorrí sin cansarme distancias que el día anterior me habrían parecido considerables. Mis buenos patronos me daban comiditas de enfermo; mas yo prefería las calderetas de pescado fresco con que ellos se alimentaban diariamente. En uno de estos comistrajés, no sé si al segundo ó tercer día, mi apetito se desarrolló hasta la voracidad.

Aunque en mi albergue modesto y patriarcal abundaban los utensilios de caza y pesca,

no se me ocurrió entretenerme en ningún deporte, pues siempre me repugnó la persecución y matanza de inocentes animales del aire y de las aguas. Mi única diversión era pasear sin fatiga, recorrer la plácida costa de la isla en las partes donde no había cantiles infranqueables, subir á las cimas no muy altas, y tumbarme allí donde encontraba un lugar mullido y fresco para la contemplación del paisaje y la dulce tarea de no hacer nada.

Con este vivir fácil y mis calderetas de *mújol* fresco al medio día, mis fritangas de barbos y bogas por las noches, con algún hojaldre de añadidura, me reconstituí en mi sér normal apartando mis ojos de la cara fea de la muerte. Lo único que me quedaba de mi trastorno era la incapacidad para contar las horas y los días. Una mañana llegó Fructuoso á verme, y hablando de acontecimientos particulares y públicos vine á entender que estábamos en Septiembre, lo que me causó grande estupor, por mi antedicha ineptitud cronológica.

Entre varias noticias de mediano interés me dió Manrique la de que Salmerón se había negado á firmar las sentencias de muerte dictadas para contener la indisciplina militar. Discutimos un rato sobre si eran ó no compatibles la filosofía pura y el impuro arte de gobernar á los pueblos. Sin que lográramos dilucidar punto tan grave, supe que Salmerón se obstinaba en el propósito de dimitir.

Venid á mi otra vez, parroquianos benignos, y os daré una página histórica que me salió, cuando menos lo pensaba, en los días de mi convalecencia. Los amigos que me llevaron á la isleta de Mar Menor me restituyeron á Cartagena en una plácida tarde de Septiembre. Apenas llegué á la ciudad y á la redacción de *El Cantón Murciano*, leí en este periódico la lista del Ministerio que había formado el gran tribuno Emilio Castelar. Vedla aquí:

Presidencia, Castelar; Estado, Carvajal; Gracia y Justicia, Río Ramos; Hacienda, Pedregal; Guerra, Sánchez Bregua; Marina, Oreiro; Gobernación, Maisonave; Fomento, Gil Berges; Ultramar, Soler y Plá. Salmerón fué elegido Presidente de las Cortes. Era opinión general en Cartagena que don Emilio iba á meter mano á los cantonales, poniendo sitio á la plaza en toda regla.

Sin que yo pusiera nada de mi parte, y hallándome aún á media convalecencia, me vi otra vez llevado á la corriente histórica, que en aquellos días de Septiembre era mansa y sin notorias turbulencias. Dudo que merezcan pasar á los Anales de *Clio* los acontecimientos que, vistos de cerca, me parecieron de poca monta y no alteraban la marcha indecisa y claudicante del Cantón. Pacificada Valencia, Martínez Campos se acercó á nuestra plaza, llegando hasta La Unión, desde donde sus avanzadas hicieron un reconocimiento hasta las inmediaciones del barrio de Santa Lucía. Contáronme que hubo tiroteo y que

las fuerzas centralistas se retiraron á la madrugada.

Y ya que nombro á Santa Lucía, diré que fuí á la casa donde cené con la Madre en aquella calurosa noche de Agosto, inolvidable para mí porque en ella me inoculó *Doña Geografía*, con sus acerbas prohibiciones, la pasión de ánimo que me tuvo medio loco y medio muerto durante más de un mes. La freidora de pescado estaba en su sitio; pero en la casa me dijeron que *Doña Mariana* había cambiado de residencia y no sabían su paradero.

Sigo pasando ante tu vista, lector discreto, una cinta histórica de menguado interés: iniciativas abortadas, hazañas ilusorias, planes muertos apenas concebidos. Salió Contreras en busca de Martínez Campos, con grande aparato de fuerzas de tropa y Milicias, cañones Krupp, Ingenieros, Caballería, Sanidad Militar, pertrechos de guerra y boca, y demonios coronados. Los dos Ejércitos no se encontraron ó no quisieron encontrarse.

Las piezas Krupp de una parte y otra hicieron fuego á larga distancia sin causarse daño de consideración. En el campo cantonal, un caballo fué herido en la boca por un casco de proyectil, avería tan leve que el animal no tardó en curarse; otro casco perforó el parche de un tambor, y un soldado recibió contusiones que apenas merecieron auxilios caseros de la Sanidad. Mejor hubiera sido que me dejara yo en el tintero estas vanas correrías. Conste que las saco sin otra

expresión gráfica que unos puntos suspensivos. . . . .

Las excursiones marítimas de aquel mes no merecen mayor gasto de tinta. Claro es que luego vendrán hechos de armas tan resonantes que para referirlos toda la tinta será poca. Concretándome á las aventuras marítimas del Cantonalismo en Septiembre del 73, acorto la corriente narrativa para consignar que el viajecito de Gálvez á Torrevieja en el *Fernando el Católico* y la sorpresa de Aguilas por el Brigadier Carreras en el mismo buque, sólo sirvieron para esquilmar con escaso provecho á estos dos pueblos.

Algo más serio fué lo de Alicante. Carreras se presentó con las fragatas *Numancia* y *Méndez Núñez* ante aquel puerto, donde entonces residía el Ministro de la Gobernación, Maisonave, tan amado de sus coterráneos los alicantinos. Alborotóse el vecindario, las fragatas rompieron el fuego contra la Plaza, y ante la obstinada pasividad de ésta, los cantonales viraron en redondo y se volvieron á *Cartago Espartaria*.

Apártate de mi atención, fastidiosa historia pública; déjame volver á mi dulce cuento. La fuerte querencia que no podía echar de mí llevóme una tarde á la plaza de la Merced, donde vi que el edificio construido para la magna institución pedagógica estaba cerrado á piedra y barro. Recorriendo las calles adyacentes, con la esperanza de encontrar alguna puertecilla excusada que comunicara con tal edificio, interrogué á unas pobres

mujeres que estaban haciendo calceta en el quicio de un portalón cerrado. Dijéronme que la *escuela grande* se había convertido en almacén de harinas, arroz, bacalao y otros artículos, para el suministro de la Plaza en caso de que le pusieran cerco los condenados centralistas. Las señoras maestras habían desalojado el edificio, llevándose los trebejos de enseñar, mapas, tinteros y la mar de libros.

En esto vi que por angosta puertecilla de un callejón cercano salía una señora con manto negro, en la cual reconocí á *Doña Aritmética*. Llevaba en sus manos un lío de ropa y un fajo de papeles y cuadernos. No consideré prudente detenerla y hablar con ella, y la seguí á discreta distancia, *en conserva*, como dicen los marinos... Traspuso la dueña la puerta de San José. La dirección que tomó luego indicóme que iba hacia Santa Lucía. Como no miraba hacia atrás y además iba y venía mucha gente por aquellos lugares, pude espiar su ruta fácilmente.

Pasó la dueña por delante de la casa en que yo cené con *Mariclio*; metióse después en angosta travesía, por donde pasó á una calle de mediana anchura, tortuosa y con altibajos, de caserío desigual, mezquino y pobre. Plebe lastimosa se veía en las puertas ó divagaba por un suelo que sin duda fué empedrado y desempedrado por los demonios.

Adelantando en la calle, oí el tintineo vibrante de los martillos sobre el yunque...

*Doña Aritmética* torció á la derecha vivamente. Apresuré el paso para seguirla de cerca. Ella delante, yo detrás, penetramos en una travesía corta, en cuyo fondo vi el resplandor rojizo de una herrería. Allí se metió la dueña, y yo, sin saber ni pensar lo que hacía, me colé tras ella. Dentro de la negrura en que lucían con viva lumbre las llamas de la fragua, los hierros al rojo y las chispas que al golpe de los martillos saltaban, quedéme absorto y paralizado. Por más que miré en derredor mío no vi á *Doña Aritmética*. Dos hombres hercúleos, con mandiles de cuero, trabajaban en el yunque; un mozo fornido metía los hierros en la fragua, y un guapochico de tizado rostro tiraba de la cadena del fuelle.

Yo no sabía qué decir. Por fin me decidí á preguntar tímidamente si había entrado allí una señora de tales y tales señas. Nadie me contestó; llegué á creer que nadie me veía; los cuatro siguieron trabajando como si no hubiera entrado nadie. Repetí mi pregunta con el mismo resultado negativo. Acordéme entonces de que la Madre me dijo en ocasión reciente que para ser hombre y no muñeco deb.a yo conservar el saber adquirido, completándolo con el vigor físico que dan los trabajos más duros. Pensando en esto llegué á imaginar que me hallaba en un recinto encantado, bajo el dominio de la Madre augusta y eterna, educadora de las naciones.

## XXVII

Mi perplejidad y azoramiento me causaban una molestia enfadosa. Viendo que no hacían caso de mí, cual si yo fuera un ente invisible, quise llamar la atención de aquellos cíclopes con gesticulaciones violentas y gritos atroces. Entonces, uno de los herreros dejó á un lado su martillo y la pieza que forjaba, y se llegó á mí risueño. Al ver que al fin había logrado hacer acto de presencia, creo, señores míos... no estoy seguro de ello... creo que me expresé de este modo: «Pero los que aquí trabajan ¿son hombres ó qué diantres son?» Antes de contestarme, el forjador se quitó el mandil de cuero dejando ver un tórax espléndido, cual yo no lo había visto nunca en carne mortal. La cabeza y el rostro eran de una hermosura sólo comparable á la que nos ha transmitido la estatuaría helénica.

Con bondadoso acento me dijo aquel que diputé por superior á la estirpe humana: «Ya sé á qué vienes. La que manda en ti te propuso que fueras herrero y sabio para ser hombre y no muñeco. Pero yo advierto que eres demasiado endeble para emprender tarea tan ardua. Sería preciso que te dejaras construir de nuevo. Yo y mis compañeros de trabajo somos forjadores de los caracteres hispanos del porvenir. ¿No comprendes esto?... Pues